

Aquello no era normal. Pero él no lo sabía. No podía saberlo. Ése era su pequeño mundo, y era prácticamente todo lo que conocía. Sergio apenas salía de casa, más allá de ir a la guardería o a la compra. De vez en cuando, en vacaciones, iba a la casa de campo de sus abuelos. Él se limitaba a observar, así que pronto se ganó la fama de “niño tímido”. O en el peor de los casos, de “rarito”. No llamar la atención, ésa era la clave, algo que había aprendido muy pronto. Como cualquier otro día, acostumbraba a permanecer en su habitación, jugando con sus dinosaurios de plástico. Tenía especial cuidado de que no cayeran al suelo. Tampoco *rugían*. Nada de ruidos. Se puso en alerta, al escuchar los pasos de su padre. Siguió jugando, sin atreverse a dirigir su mirada hacia la puerta, deseando que pasara de largo. Esta vez hubo suerte. Un rato después, su madre entró en la habitación. Se sentó junto al niño, observando cómo su hijo inventaba historias para sus muñecos. Sonreía, pero su mirada estaba vacía. Años después por suerte o por desgracia, Sergio lo entendería todo. Y jamás olvidaría esa mirada.